

Antropología y Contrainsurgencia: La Historia Extraña de su Relación Curiosa

Dra. Montgomery McFate, JD

ALGO MISTERIOSO está sucediendo en el Departamento de Defensa (*DOD*) de los EE.UU. Durante los últimos dos años, los oficiales de mayor jerarquía han estado buscando algo inusual e inesperado: el conocimiento de la cultura del adversario. En julio de 2004, el General de División (Retirado) Robert H. Scales, hijo, escribió un artículo en la revista *Proceedings*, de la Escuela Superior de Guerra Naval, en el que manifiesta su oposición a la visión comúnmente sostenida en las FF.AA. de los EE.UU., que indica que la abrumadora ventaja tecnológica permite que el éxito en la guerra sea logrado en mejor forma. Scales sostiene que el tipo de conflicto que actualmente presenciamos en Irak, requiere de “una habilidad excepcional para entender a la población, su cultura y sus intereses”.¹

En octubre del 2004, Arthur Cebrowski, el Director de la Oficina de Transformación de la Fuerza, concluyó que “el conocimiento del enemigo, su cultura y sociedad puede ser más importante que el conocimiento de su orden de batalla.”² En noviembre del 2004, la Oficina de Investigación Naval y la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada de Defensa (*DARPA*), patrocinaron la conferencia de Conocimiento Cultural del Adversario y Seguridad Nacional, la primera conferencia de importancia organizada por Departamento de Defensa en el área de las ciencias sociales desde 1962.

¿Por qué el conocimiento cultural ha llegado, tan repentinamente, a constituir tal imperativo? Principalmente porque los métodos tradicionales de combate han probado ser inadecuados en Irak y Afganistán. La tecnología, adiestramiento y doctrina de los EE.UU., diseñada para contrarrestar la amenaza soviética, no está diseñada para las operaciones de contrainsurgencia de baja intensidad, en las que los civiles se mezclan libremente con los combatientes en un terreno urbano complejo.

Las principales operaciones de combate que derrumbaron el régimen de Saddam Hussein fueron relativamente simples, en atención a que requerían que las FF.AA. de los EE.UU. hicieran lo que mejor saben hacer, es decir, conducir una guerra de maniobra en un terreno plano, empleando una abrumadora potencia de fuego y apoyo aéreo. Sin embargo, desde el fin de la fase “caliente” de la guerra, las fuerzas de la coalición han estado luchando una compleja guerra en contra de un enemigo que no comprenden. La estructura organizacional de los insurgentes no es de naturaleza militar, sino tribal. Sus tácticas no son convencionales, sino asimétricas. Sus armas no son tanques y aviones de combate, sino artefactos explosivos improvisados (*Improvised Explosive Device - IED*). No cumplen con los Convenios de Ginebra, ni parecen tener reglas de enfrentamiento.

La lucha contra la insurgencia en Irak requiere del conocimiento cultural y social del adversario. Aun así, ninguno de los elementos del poder nacional de los EE.UU.—diplomático, militar, de inteligencia o económico—considera en forma explícita, la cultura del adversario para la estructuración o ejecución de las políticas. Este vacío de conocimiento cultural tiene una causa sencilla—la casi total ausencia de un análisis antropológico dentro de las instituciones de seguridad nacional.

La antropología, alguna vez llamada “criada del colonialismo”, ha tenido una larga y fructífera relación con diversos elementos de poder nacional, pero ella llegó repentinamente a su fin después de la guerra de Vietnam. La extraña historia del nacimiento de la antropología como una disciplina relacionada con el combate y su rápida caída en el abismo del post-modernismo, está entrelazada con el fracaso de los EE.UU. en Vietnam. La curiosa y conspicua falta de análisis antropológico en el área de la seguridad nacional desde la guerra de Vietnam, ha tenido

graves consecuencias en el intento de contrarrestar la insurgencia en Irak, particularmente dado que las políticas gubernamentales y las operaciones militares, basadas en un conocimiento cultural parcial e incompleto, a menudo resultan menos favorables que no haber llevado a cabo ninguna de ellas.

La carencia de conocimiento cultural

En un conflicto entre adversarios simétricos, en donde ambos son casi iguales en términos de empleo de tecnologías similares, la comprensión de la cultura del adversario resulta bastante irrelevante. En la Guerra Fría, con toda su complejidad, enfrentó a dos poderes de herencia europea, más en una operación de contrainsurgencia en contra de un adversario no Occidental, la cultura es sumamente importante. El Manual de Campaña (*Field Manual – FM*) interino, 3-07.22, *Counterinsurgency Operations* (Operaciones de Contrainsurgencia) del Departamento del Ejército, define a la insurgencia como un “movimiento organizado cuyo objetivo es derrocar un gobierno constituido, a través de la subversión y el conflicto armado. Es una lucha político-militar prolongada, diseñada para debilitar el control y legitimidad del gobierno, aumentando el control de la insurgencia. *El poder político es el asunto central en la insurgencia*” [enfatan los autores del FM].

Por lo tanto, las consideraciones políticas deben circunscribir la acción militar como un asunto fundamental de la estrategia. Como explicó el Mariscal de Campo británico Gerald Templar en 1953, “la respuesta no yace en desplegar más tropas en la selva, esta se encuentra en el corazón y la mente de la . . . población.” Para ganar esos corazones y mentes, es necesario comprender la cultura local.³

Con la excepción de las Fuerzas Especiales, la mayoría de soldados norteamericanos no reciben el entrenamiento para comprender u operar en culturas y sociedades extranjeras. Según lo indica un Capitán del Ejército de los EE.UU. en Irak: “Nunca recibí una clase que indicara cómo debía sentarme con un sheik. . . Él me entrega la tradicional *dishdasha* (una túnica árabe) y el traje completo de sheik, porque sostiene que yo soy el nuevo sheik del pueblo y que debía vestirme como tal. No sé si quiere ganar mi apoyo o si quiere algo. . . o si [si de eso se trata] esto es algo bueno o algo malo.” De hecho, tan pronto como las fuerzas de la coalición derrocaron a Saddam Hussein, llegaron a ser jugadores *de facto* en el sistema social de Irak. El joven Capitán, se había convertido de hecho en el nuevo sheik del pueblo y fue honrado apropiadamente por su anfitrión iraquí.⁴

Como queda demostrado en este ejemplo, con la misma frecuencia que las FF.AA. de los EE.UU. no saben quiénes son sus amigos, no saben quienes son sus enemigos. A

su regreso, uno de los comandantes que formaba parte de la 3ª División de Infantería observó: “Yo tenía perfecto conocimiento de la situación. Lo que me hacía falta era el conocimiento de la cultura. Conocía la posición de cada tanque enemigo atrincherado en las afueras de Tallil. El único problema era que mis soldados tenían que luchar en contra de fanáticos que nos atacaban a pie o en camionetas y disparando sus AK-47s y RPGs [lanzagranadas]. Muy buena inteligencia técnica, pero una equivocada determinación del enemigo.”⁵

Mientras que en el combate contra la insurgencia las consecuencias de la falta de conocimiento cultural pueden ser más que evidentes (quizás letales), el no entender las culturas extranjeras ha sido el factor que más ha contribuido a los fracasos de la seguridad e inteligencia

¿Por qué el conocimiento cultural ha llegado, tan repentinamente, a constituir tal imperativo? Principalmente porque los métodos tradicionales de combate han probado ser inadecuados en Irak y Afganistán. La tecnología, adiestramiento y doctrina de los EE.UU., diseñada para contrarrestar la amenaza soviética, no está diseñada para las operaciones de contrainsurgencia de baja intensidad, en las que los civiles se mezclan libremente con los combatientes en un terreno urbano complejo.

nacional. En su estudio de 1962, *Pearl Harbor: Warning and Decision*, Roberta Wohlstetter demostró que a pesar del hecho que el Gobierno de los EE.UU. captó señales japonesas (incluyendo conversaciones, decodificación de mensajes, y movimientos de buques), falló en distinguir las del ruido—comprender que señales tenían valor—ya que era inimaginable que los japoneses hicieran algo tan “irracional” como atacar el cuartel general de la Flota del Pacífico de los EE.UU.⁶

Este tipo de etnocentrismo (la inhabilidad de distanciarse de las actitudes culturales propias e imaginar el mundo desde la perspectiva de un grupo diferente) es especialmente peligroso en el contexto de la seguridad nacional, ya que puede distorsionar el pensamiento estratégico y resultar en presunciones en las que se establezca que el adversario se comportará exactamente como uno lo haría. Debido a este tipo de pensamiento tipo “mirada en el espejo”, común en los analistas de la CIA, las pruebas nucleares de India el 11 y 13 de mayo de 1998 fueron una sorpresa total. Según una investigación interna realizada por el ex Subjefe del Estado Mayor Conjunto, David Jeremiah, el problema fue que los analistas de inteligencia y los encargados de la formulación de políticas, asumieron

que el Gobierno de la India no llevaría a cabo pruebas con sus armas nucleares porque los norteamericanos no habrían hecho tal cosa bajo circunstancias similares. Según Jeremiah, “La mentalidad preestablecida de las comunidades políticas y de inteligencia respecto de estas pruebas, era que el Partido Bharatiya Janata actuaría tal y como nosotros lo hubiésemos hecho.”⁷

Dos son los principales motivos para que los EE.UU. sufra de una falta de conocimiento cultural en sus agencias de seguridad nacionales y ambos se interrelacionan. En primer lugar, por mucho tiempo y en forma notable, la antropología ha estado ausente, como disciplina, en nuestros asuntos de seguridad nacional, especialmente en la comunidad de inteligencia y el Departamento de Defensa. La antropología es una disciplina de las ciencias sociales y tradicionalmente su objeto principal de estudio ha sido las sociedades tribales no Occidentales. Las metodologías empleadas por la antropología incluyen la observación,

Este tipo de etnocentrismo (la inhabilidad de distanciarse de las actitudes culturales propias e imaginar el mundo desde la perspectiva de un grupo diferente) es especialmente peligroso en el contexto de la seguridad nacional, ya que puede distorsionar el pensamiento estratégico y resultar en presunciones en las que se establezca que el adversario se comportará exactamente como uno lo haría.

además de la investigación de campo e histórica. Uno de los principios epistemológicos centrales es el relativismo cultural, es decir entender a otras sociedades desde la perspectiva de su propio marco de comportamiento.

La tarea principal de la antropología es traducir el conocimiento que se ha adquirido hacia el Occidente. Mientras parece evidente que este tipo de perspectiva podría ser útil para la comunidad de seguridad nacional, actualmente sólo una de las universidades de defensa nacional (que proporciona educación a nivel de maestría al personal militar) tiene a un antropólogo en su cuerpo docente. En la Academia Militar de los EE.UU. de West Point, en donde todos los cadetes tienen que obtener una licenciatura en ingeniería, se refieren despectivamente a la antropología como “*nuts and huts*” (refugio para dementes). Además, aunque las ciencias políticas representaciones encuentran bien representadas como disciplina en los círculos superiores de quienes establecen políticas, nunca ha habido un antropólogo en el Consejo de Seguridad Nacional.

La segunda razón relacionada con la actual carencia de conocimiento cultural, se debe al fracaso de los EE.UU. en lograr cualquier cosa que represente algún tipo de victoria

en Vietnam. Después de la guerra de Vietnam, los Jefes del Estado Mayor Conjuntos, en forma colectiva, decidieron esconder la cabeza bajo tierra y determinaron que nunca volverían a combatir en otra guerra no convencional. Desde una perspectiva puramente militar, les fue más fácil concentrarse en la amenaza de los tanques soviéticos *T-51* avanzando a través de la Brecha de Fulda, incitando a una gran guerra terrestre en Europa, una en la que combatir empleando la doctrina y tecnología existente fuera más fácil y en la que el ganador fuera claro e inequívoco.⁸

El haber escogido el uso de una potencia abrumadora y contar con objetivos claros para la campaña, fue formalizada en lo que ha llegado a conocerse por “la doctrina Weinberger”. En un discurso de 1984, el entonces Secretario de Defensa Caspar Weinberger articuló seis principios diseñados para asegurar que la Nación nunca volvería a verse involucrada en otro Vietnam. A mediados de los 80, tanto el despliegue de tropas a El Salvador por su similitud, como también el haberse involucrado en el Líbano, con desastrosos resultados comprobados con la explosión de una bomba en las barracas de los integrantes del Cuerpo de Infantería Marina de los EE.UU. en Beirut, produjo gran preocupación. En respuesta a estos eventos, Weinberger creía que las tropas sólo debían ser desplegadas si los intereses vitales de los EE.UU. estaban en juego; sólo en apoyo a objetivos políticos y militares bien definidos; y sólo “con clara intención de ganar”.⁹

En 1994, el Jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto, General Colin Powell (ex asistente militar de Weinberger), rearticuló los elementos fundamentales de la doctrina Weinberger, con un fuerte énfasis en la idea que “la fuerza”, cuando es empleada, debe ser abrumadora y desproporcionada a la fuerza empleada por el enemigo. La doctrina Powell-Weinberger institucionalizó la elección de “operaciones de combate a gran escala”—grandes guerras—como un asunto de preferencia nacional. Y aunque la doctrina Powell-Weinberger se viera erosionada durante la administración de Clinton, con la ejecución de operaciones militares diferentes a las de la guerra convencional en Haití, Somalia y Bosnia, y durante la administración de Bush hijo, con los ataques preventivos en contra de Afganistán e Irak, no ha surgido una doctrina alternativa para reemplazarla.¹⁰

No tenemos ninguna doctrina de “*nationbuilding*” [Reconstrucción de una nación. Según las FF.AA. de los EE.UU., es un término que incluye, entre otras actividades, los esfuerzos de asistencia y cooperación diplomática, económica, informática y militar entre los EE.UU. y el gobierno de una nación fracasada, con el objetivo de promover el desarrollo interno y el fortalecimiento de instituciones sustentables en aquella nación; tomando medidas para contrarrestar las condiciones que causan el sufrimiento humano así como para mejorar la calidad de vida de sus



Departamento de Defensa

Llevando puesto un sombrero, un soldado norteamericano entretiene a civiles franceses al intentar hacerse entender empleando un diccionario en agosto de 1944.

habitantes], lo que las FF.AA. norteamericanas evitan como una de sus responsabilidades, en atención a que no está cubierta por el Título 10 del Código de los EE.UU., que delinea las responsabilidades de las FF.AA. como instrumento de poder nacional. El *FM 3-07, Stability Operations and Support Operations* (Operaciones de Estabilidad y de Apoyo), no fue finalizado sino hasta febrero del 2003, a pesar de que las FF.AA. de los EE.UU. ya estaban profundamente involucradas en este tipo de operaciones en Irak. El *FM 3-07.22*—diseñado para ser un documento de carácter temporal—se concentra principalmente en la lucha contra un enemigo con un diseño de guerra maoísta revolucionario, insurgencia cuyas características tiene poca aplicación a la situación de Irak, en donde hay múltiples organizaciones que compiten para lograr difusos y múltiples objetivos.¹¹

Desde 1923 hasta el presente, el principio central de la estrategia de guerra de los EE.UU. ha sido una fuerza avasalladora desplegada en contra de un estado igualmente poderoso, resultando en una victoria militar. El obtener la “Victoria” por medio del uso de una fuerza avasalladora en la situación de combate contra la insurgencia que actualmente enfrenta los EE.UU. en Irak, resulta a menudo un concepto tan inaplicable como problemático, si llega a ser definido como meta. Mientras El Coronel Harry Summers, hijo, del Ejército de los EE.UU., negociaba en Hanoi pocas días antes de la caída de Saigon, le dijo a un Coronel norvietnamita;

“Usted sabe que nunca nos derrotaron en el campo de batalla.”, a lo que el Coronel vietnamita respondió, “Eso puede ser tan cierto como irrelevante.”¹²

La victoria en el campo de batalla es irrelevante contra un adversario insurgente, ya que la lucha por el poder y la legitimidad entre facciones en competencia, no tiene una solución puramente militar. A menudo, la aplicación de una fuerza avasalladora tiene un efecto negativo y no deseado, al fortalecer la insurgencia por la vía de proporcionarle mártires, incrementar el reclutamiento, y dejar de manifiesto la “brutalidad” de las fuerzas estatales.

Un método alternativo para luchar contra la insurgencia—como el que fuera adoptado por los británicos mediante el método de práctica y error en Irlanda del Norte—incluye los siguientes elementos:

- Un plan amplio para mitigar los efectos de la realidad política que fomenta la insurgencia.
- Cooperación cívico-militar.
- Mínima aplicación de fuerza.
- Intenso y profundo trabajo de Inteligencia y la aceptación de la naturaleza prolongada del conflicto.

El profundo conocimiento cultural del adversario es inherente a la aproximación británica.¹³

Aunque el conocimiento de la cultura del adversario tiene importancia en el combate contra la insurgencia, en el caso de las operaciones de combate de gran escala es muy poco lo que interesa. Puesto que la doctrina Powell-Weinberger estableció que la guerra convencional de gran

escala era el único tipo de conflicto aceptable, no existía ninguna necesidad, entonces o en el futuro, de desarrollar la doctrina y habilidades requeridas para una guerra no convencional, incluyendo la contrainsurgencia. Como consecuencia de ello, tampoco se requería la incorporación del conocimiento cultural en la doctrina, entrenamiento o en la conducción de la guerra. Esto se mantiene hasta ahora.

El 21 de octubre de 2003, el Comité de las FF.AA. de la Cámara de Representantes de los EE.UU., convocó a una reunión para examinar las lecciones aprendidas de la Operación *Iraqi Freedom*. El testimonio del General Scales en la reunión, impulsó al Representante “Ike” Skelton a escribir una carta al Secretario de Defensa Donald Rumsfeld, en la cual le dijo: “Para decirlo en forma simple,

La victoria en el campo de batalla es irrelevante contra un adversario insurgente, ya que la lucha por el poder y la legitimidad entre facciones en competencia, no tiene una solución puramente militar. A menudo, la aplicación de una fuerza avasalladora tiene un efecto negativo y no deseado, al fortalecer la insurgencia por la vía de proporcionarle mártires, incrementar el reclutamiento, y dejar de manifiesto la “brutalidad” de las fuerzas estatales.

si hubiésemos entendido mejor la cultura y la mentalidad de los iraquíes, nuestros planes de guerra habrían sido aún mejor de lo que fueron, la planificación para el período post guerra y todos los desafíos que éste imponía podría haber sido bastante mejor, y [habríamos estado] mejor preparados para ganar la paz en Irak “en el largo plazo”.¹⁴

Actualmente, lumbreras del Departamento de Defensa, tales como Andrew Marshall, el misterioso director de la Oficina de Análisis Prospectivo del Pentágono, están haciendo un llamado a un “conocimiento a nivel antropológico de una amplia gama de culturas”, ya que tal conocimiento probará ser esencial para la conducción de futuras operaciones. Aunque los oficiales de mayor jerarquía en el Gobierno de los EE.UU., entre ellos Skelton, han hecho un llamado para que “aquellos empleados civiles del gobierno que posean conocimiento y comprensión de las culturas proporcionen información que alimente el proceso de establecimiento de políticas”, existen pocos antropólogos que quieran o se encuentren disponibles para jugar en el mismo cajón de arena que los militares.¹⁵

El estado actual de la disciplina

Aunque la antropología es la única disciplina académica que explícitamente trata de comprender culturas y sociedades, bajo las mejores condiciones contribuye en

forma marginal a la formación de la política de seguridad norteamericana – para que decir bajo las peores. Durante los últimos 30 años, como consecuencia de la elección profesional individual de los antropólogos y la tendencia de concentrarse en una auto crítica reflexiva al interior de la disciplina, ésta se halla herméticamente sellada en su propia torre de marfil.

A diferencia de las ciencias políticas o económicas, la antropología es básicamente una disciplina de carácter académico. La mayoría de los antropólogos recién formados, se encuentran en una brutal competencia para obtener uno de los limitados y mal pagados puestos que existen en las facultades universitarias, y aunque cada vez existe una mayor demanda para que antropólogos asesoren en el diseño, *marketing*, y cultura organizacional en el sector industrial, ellos todavía prefieren estudiar lo “exótico e inútil”, según A.L. Kroeber.¹⁶

El refugio en esta torre de marfil también es producto de las profundas tendencias aislacionistas al interior de la disciplina. Al término de la guerra de Vietnam, estuvo de moda entre los antropólogos el desechar los vínculos históricos entre la disciplina y el colonialismo. Primero con el artículo de Kathleen Gough en 1968, *Anthropology: Child of Imperialism*, seguido por la antología de Dell Hymes en 1972 y culminando con *Anthropology and the Colonial Encounter* de Talal Asad en 1973, los antropólogos reinventaron su disciplina.¹⁷

Junto con rechazar el estatus de “criada” del colonialismo de la antropología, los antropólogos rehusaban brindar “colaboración” a los poderosos y en cambio competían para representar los intereses de las poblaciones indígenas envueltas en las luchas neo-coloniales. En palabras de Gayatri Chakravorty Spivak, ahora los antropólogos serían la voz de la clase “subalterna”. Comenzó así el cuestionamiento sistemático del estado de actualización de la disciplina, así como también de las circunstancias coloniales de las cuales emergió. De este modo, la antropología comenzó un brutal proceso de auto flagelación, a través de una crítica búsqueda o interpretación de su verdadero sentido, respaldado frecuentemente por una auto reflexión neo-Marxista, a un nivel casi inimaginable para cualquier persona fuera de la disciplina.¹⁸

El giro hacia el post modernismo al interior de la antropología, exacerbó la tendencia hacia la auto flagelación, siendo el objetivo principal “la deconstrucción de un centralizado y logo-céntrico discurso tipo de la cultura europea”. Este movimiento, alejado de la etnografía descriptiva, ha producido algunos de los peores textos que pudiese uno imaginar. Por ejemplo, *Cultural Anthropology*, una de las más respetadas revistas de antropología en los EE.UU., normalmente publica artículos tan incomprensibles como “Recuperando el Verdadero Yo en el Campo Electro-Espiritual de Amor Universal” y “Consumidores Materiales, Fabricando Sujetos: Perplejidad, Discursos



Departamento de Defensa

Un guerrillero filipino saluda al Coronel William J. Verbeck durante el inicio de la campaña en la isla Leyte.

de Conectividad Global y la Investigación Feminista Transnacional.”¹⁹

Recientemente, el antropólogo Stephen Tyler obtuvo el cuarto lugar en la Competencia de Mala Escritura con esta selección extractada de *Writing Culture*, que describe la etnografía post moderna: “Así, el discurso no sólo relativiza para formar esta familiar perversión del modernista, como tampoco a la intención del autor—que concita a los románticos; ni a un mundo cimentado más allá del discurso—que se sostiene desesperado para separar la realidad tanto de la mística como de lo científico; ni siquiera en la historia e ideología—refugios de los hermenéuticos; ni menos aún al lenguaje—esa abstracción trinitaria de la lingüística; ni aún, para finalizar, al discurso—ese campo de juego Nietzscheano de lo quienes le otorgan importancia al perdido mundo del estructuralista y gramaticólogo; sino que a todos y a ninguno de estos, porque es anárquico, aunque no por el bien de la anarquía, sino porque rehúsa convertirse en un objeto de culto entre otros objetos—para ser desmantelado, comparado, clasificado y neutralizado en esta parodia de escrutinio científico conocido como el criticismo.”²⁰

La era colonial

De lo discutido hasta el momento, resulta tentador el concluir que la antropología no está presente en la arena de la estructuración de las políticas, ya que resulta verdaderamente “exótica e inútil”; sin embargo, ese no siempre fue el caso. Frecuentemente llamada la “criada”

de colonialismo”, la antropología ha evolucionado como una herramienta intelectual en la consolidación del poder imperial en las márgenes del imperio.

En Gran Bretaña, el desarrollo y crecimiento de la antropología se encuentra estrechamente vinculada con la administración del colonialismo. Ya en 1908, los antropólogos comenzaron a preparar a los administradores del servicio civil de Sudan. Esta relación se institucionalizó rápidamente: en 1921, se estableció el Instituto Internacional de Idiomas y Culturas Africanas, con fondos proveniente de diversos gobiernos coloniales, donde Lord Lugard, ex gobernador de Nigeria, ocupó el cargo de jefe del concejo ejecutivo. El instituto basó su misión en el artículo de Bronislaw Malinowski, *Practical Anthropology*, que sostenía que el conocimiento antropológico debe ser aplicado para resolver los problemas que enfrentaban los administradores coloniales, incluyendo aquellos que imponían las “leyes, economías, costumbres e instituciones originarias”.²¹

El conocimiento antropológico fue, con frecuencia, útil, especialmente en la comprensión de las dinámicas de poder en las sociedades tradicionales. Por ejemplo, en 1937, el Comité Permanente de Antropología Aplicada del Real Instituto Antropológico, establecía que la investigación antropológica podría “indicar a las personas que ocupaban posiciones claves en la comunidad, cuya influencia podría ser importante para apoyar reformas proyectadas”. En las palabras de Lord Hailey, los antropólogos fueron, de hecho, “una gran ayuda, al proporcionar al Gobierno el conocimiento que debía ser la base para el establecimiento

de la política administrativa”.²²

No obstante, la antropología como herramienta de imperio, tenía sus detractores. En 1951, Sir Philip E. Mitchell escribió: “Los antropólogos se ocupaban. . . de todos los más minuciosos detalles, pruebas oscuras y prácticas personales, especialmente si estos se hallaban asociados al sexo o entrelazados con la obscenidad. De estas actividades surgió un gran número de detallados y normalmente acertados archivos de interesantes hábitos y prácticas, lo suficientemente largos para que nadie tuviese el tiempo suficiente como para leerlos y [que] a menudo, en muchos casos, resultaban irrelevante. . .”²³

La era de la I Guerra Mundial

Luego y cerca del término de la era clásica del imperio, los antropólogos y arqueólogos llegaron a jugar papeles claves en el nuevo juego del espionaje. Sus hábitos de búsqueda e investigación en las áreas más remotas y habilidades en el área de la observación, fueron de gran utilidad

El conocimiento antropológico fue, con frecuencia, útil, especialmente en la comprensión de las dinámicas de poder en las sociedades tradicionales. Por ejemplo, en 1937, el Comité Permanente de Antropología Aplicada del Real Instituto Antropológico, establecía que la investigación antropológica podría “indicar a las personas que ocupaban posiciones claves en la comunidad, cuya influencia podría ser importante para apoyar reformas proyectadas”.

para el gobierno. Aunque una cantidad de antropólogos trabajaron como espías durante la I GM (incluyendo Arthur Carpenter, Thomas Gann, John Held, Samuel Lothrop y Herbert Spinden), el más famoso fue el arqueólogo de Harvard, Sylvanus Morley, quién descubriera la antigua ciudad de Naachtun y dirigiera la reconstrucción de Chichén Itzá, mientras ocupaba el cargo de jefe del Programa Arqueológico Carnegie desde 1914 hasta 1929. Morley, uno de los más respetados arqueólogos de principios del siglo XX, también fue el “mejor agente secreto que tuvo los EE.UU. durante la I GM”.²⁴

En 1916, mientras agentes alemanes se encontraban estableciendo una base para apoyar el combate de submarinos en Centroamérica, la Oficina de Inteligencia Naval reclutó a Morley, que ocupó la investigación de campo arqueológica, como fachada para cubrir, en una travesía de 2.000 millas, el remoto litoral de esa región, soportando “garrapatas, mosquitos, pulgas, zancudos, llagas causadas por la silla de montar, mareos, visitas a muchos bares, alimentación insípida y a veces ningún tipo de alimentación,

camas duras, hoteles infames y hasta terremotos”. Mientras que Morley y su grupo no encontraron ninguna base para submarinos alemanes, produjo casi 10.000 páginas de informes de inteligencia que documentaron todo; desde las características de navegabilidad del litoral, hasta el impacto económico de la producción de sisal.²⁶

Las actividades de Morley no fueron bien consideradas por muchos antropólogos. El 20 de diciembre de 1919, Franz Boas, el antropólogo más famoso de América, publicó una carta en *The Nation* que indicaba que Morley y otros (aunque no los nombró directamente) “han prostituido la ciencia al emplearla como un pretexto para sus actividades de espionaje. Un soldado, para quien matar es un arte delicado. . . acepta el código de moralidad con el que la sociedad moderna se mantiene conforme. Pero no así con el científico. La esencia de su vida es el servicio a la verdad”.²⁶

Nacido judío alemán, Boas era un ardiente pacifista y un franco opositor de la guerra. Escribió muchos editoriales y artículos que expresaron su opinión que la I GM era una guerra de agresión imperialista. (Irónicamente, muchos de sus estudiantes, incluyendo Margaret Mead y Ruth Benedict, trabajaron esporádicamente con las FF.AA. en roles que, sin duda alguna, Boas habría cuestionado.)

La Asociación Antropológica de los EE.UU. (AAA) censuró a Boas en 1919 debido a sus alegatos en contra de antropólogos sin haberlos nombrado. La crítica dirigida hacia Morley por sus colegas, derivada de sus actividades de espionaje y la lucha resultante en la AAA, presagiaron la reemergencia del tema de apoyo encubierto brindado por la antropología al Gobierno de los EE.UU. durante los años 60.

La era de la II GM

El rol de los antropólogos durante la II GM se amplió bastante al interior de la arena de la seguridad nacional. Muchos antropólogos prestaron servicios en la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS), el predecesor institucional de la CIA y las Fuerzas Especiales. Estos antropólogos cargos den el área de la investigación y operativos. Carleton Coon, un profesor de antropología en Harvard, proporcionó entrenamiento en el área del sabotaje a miembros de la resistencia marroquí, luchó en la batalla del Paso Kasserine y subrepticamente entregó armas a los grupos de la resistencia francesa en Marruecos durante la ocupación alemana. Su libro acerca de la vida en la OSS, *A North Africa Story: The Anthropologist as OSS Agent (El Antropólogo como Agente de la OSS)*, relata una muy entretenida historia relativa al desarrollo de un dispositivo explosivo improvisado en la forma de excrementos de burros.²⁷

Otros antropólogos también participaron directamente en la acción: el etnólogo británico Tom Harrisson, saltó en paracaídas en Borneo para entrenar a las guerrillas indígenas para que lucharan contra los japoneses. Cora



Departamento de Defensa

Un grupo de oficiales norteamericanos y vietnamitas toman una bebida durante una ceremonia de compromiso de lealtades realizada en la Provincia de Darlac, Vietnam.

Du Bois, quién sirviera como Jefe de la sección Indonesia de la Dirección de Investigación y Análisis de la OSS, se transformó en la encargada del Comando del Sudeste de Asia en Ceilán, donde dirigió los movimientos de la resistencia en los países del Sudeste de Asia que se encontraban bajo la ocupación japonesa. Du Bois recibió el Premio al Servicio Civil Excepcional en 1945, por su trabajo con el movimiento de resistencia “Tailandia Libre”.²⁸

Tal vez el más famoso antropólogo que sirvió en la OSS fue Gregory Bateson, un ciudadano británico, quien permaneció muchos años realizando una investigación etnográfica en Nueva Guinea, cuyos resultados fueron publicados en *Naven* en 1936. En los inicios de la II Guerra Mundial, y luego de no haber logrado encontrar un trabajo en la Oficina de Guerra Británica, regresó a los EE.UU., donde sirvió como miembro civil de una unidad de inteligencia avanzada en las montañas de Arakan, Birmania.²⁹

Además del análisis de inteligencia, Bateson diseñó y produjo las transmisiones radiales de “propaganda negra”, cuyo objetivo era el de socavar la propaganda japonesa en el Teatro del Pacífico. No obstante, encontraba que su trabajo era repugnante, ya que creía que la verdad, en particular la verdad no deseada, era saludable. En 1945, se ofreció para penetrar a la profundidad del territorio enemigo para intentar rescatar a tres agentes de la OSS que habían escapado de los japoneses. Por este servicio,

Bateson recibió la condecoración de Servicios en la Campaña del Pacífico.³⁰

Bateson tenía una habilidad excepcional para prever los efectos de la nueva tecnología en la guerra. Mientras se encontraba en el Teatro del Pacífico le escribió al legendario director de la OSS, “Wild Bill” Donovan, diciéndole que la existencia de la bomba nuclear cambiaría la naturaleza del conflicto, forzando a las naciones del mundo a enfrentarse en métodos de guerra indirectos. Recomendó a Donovan que los EE.UU. no dependieran de las fuerzas convencionales para la defensa, sino que debía establecer una tercera agencia que emplearía las operaciones clandestinas, controles económicos y presiones psicológicas, en el nuevo tipo de combate.³¹

Más tarde, durante el transcurso de su carrera, es posible que Bateson trabajara en variadas iniciativas orientadas a experimentar con el control mental, incluyendo la Operación *MK-Ultra* de la CIA., donde se realizaran investigaciones acerca del control de la mente. En lo general, se acepta que Bateson “encendió” al poeta *Beat Allen Ginsberg* bajo los efectos del LSD en el Instituto de Investigación Mental donde Bateson trabajaba para encontrar las causas de la esquizofrenia.³²

Entre los antropólogos, Bateson es más recordado por ser el esposo de Mead que por sus actividades en la OSS. En 1932, conoció a Mead en una remota área del río Sepak,

en Nueva Guinea. Después de haber realizado un trabajo de investigación de campo juntos en este país, Bateson y Mead coprodujeron películas etnográficas y documentales fotográficos de la comunicación cinética de Bali.³³

Al igual que su esposo, Mead también estuvo involucrada en los esfuerzos de la guerra. Además de producir panfletos para la Oficina de Información de Guerra, publicó un estudio para el Consejo Nacional de Investigación, relativo a la cultura y costumbres de alimentación de la gente que provenía de diferentes nacionalidades y que vivían en los EE.UU. También realizó investigaciones en el área de la distribución de alimentación como un método para mantener la moral. Junto con Bateson y Geoffrey Gorer, ayudó a la OSS a establecer una unidad para entrenamiento de guerra psicológica en el Oriente Lejano.³⁴

De la misma forma que Bateson, Mead tenía sus reservas acerca del empleo de propaganda engañosa, ya que creía que tales métodos tenían la “terrible posibilidad de volverse

Y desafortunadamente, los antropólogos—cuya asistencia es requerida con urgencia en tiempo de guerra—ignoran completamente a las fuerzas de los EE.UU. A pesar del hecho que la aplicación militar del conocimiento cultural puede no ser del gusto de aquellos antropólogos con convicciones éticas determinadas, su asistencia es sumamente necesaria.

en contra de uno mismo”. No obstante, la mayor preocupación para Mead era el “tremendo resentimiento” de utilizar perspectivas y aspectos propios de la antropología durante la guerra. En lo particular, ella pensaba que emplear antropólogos para asesorar a los asesores era ineficaz; para ser útiles, los antropólogos debían trabajar directamente con los encargados de la toma de decisiones.³⁵

En 1942, Mead publicó *And Keep Your Powder Dry*, un libro acerca de la cultura militar de los EE.UU. Según la autora, los norteamericanos consideran que la agresión es más bien una respuesta en lugar de un tipo de comportamiento primario; el empleo de la violencia con propósitos altruistas y nunca para satisfacer intereses propios; además del conflicto organizado como una tarea limitada que debe ser cumplida. Una vez que termina la guerra, los norteamericanos se largan y van a cumplir otra tarea. William O. Beeman señala que las observaciones de Mead acerca de lo que caracteriza la estrategia nacional de los norteamericanos, parecieran haber nacido de lo que hoy la actual administración política establece como la caracterización del conflicto en Irak como una guerra defensiva, que se desencadenara por la inminente amenaza de armas de destrucción masiva listas para ser empleadas, y que,

con el propósito altruista de “establecer la democracia en Irak”, esta tendría una corta duración y sería limitada en cuanto a sus objetivos.³⁶

En 1943, Benedict, un antiguo amigo y colaborador de Mead, llegó a ser el jefe (e inicialmente el único miembro) de la Sección de Análisis Básico de la Agencia de Inteligencia Extranjera de la Oficina de Información de Guerra (OWI), posición que él buscó para “forzar a quienes toman las decisiones, a tener en cuenta la existencia de diferentes hábitos y costumbres en otras partes del mundo”. Cuando estaba en OWI, fue coautor del libro *The Races of Mankind*, un panfleto del gobierno que refutaba las pseudo-teorías Nazis de la superioridad racial aria. Algunos congresistas conservadores atacaron al panfleto describiéndolo como propaganda comunista y la publicidad que lo rodeara resultó en la venta de 750.000 copias, su traducción a siete idiomas y la producción de una versión musical en la ciudad de Nueva York.³⁷

Benedict también realizó una investigación acerca de la personalidad y cultura japonesas cuyos efectos no pueden ser exagerados. Casi al final de la guerra, los militares de mayor jerarquía y el Presidente Franklin Delano Roosevelt estaban convencidos que los japoneses “eran culturalmente incapaces de rendición” y que lucharían hasta el último hombre. A Benedict y otros antropólogos de la OWI, se les asignó la tarea de estudiar la forma en que es visto el emperador en la sociedad japonesa. Las opiniones escritas resultantes de la OWI, convencieron a Roosevelt para que no considerara al emperador en las condiciones de la rendición (en lugar de exigir una rendición incondicional como lo hizo con los dictadores Adolf Hitler y Benito Mussolini). Mucho de la investigación que Benedict hizo para la OWI en 1946 fue publicado en la forma del libro *The Chrysanthemum and the Sword (El Crisantemo y La Espada)*, considerado por muchos como una etnografía clásica de la cultura militar japonesa, a pesar de que Benedict nunca visitó ese país.³⁸

Puesto que la investigación de campo en su forma tradicional era imposible de ser llevada a cabo durante tiempos de guerra, era necesario estudiar la cultura a la distancia. La contribución teórica de los antropólogos de la II GM a la disciplina, es comúnmente conocida como la “cultura a distancia”. Al terminar la guerra, desde 1947 hasta 1952, Mead, Benedict y otros, establecieron un programa de investigación en la Universidad de Columbia. Mientras trabajaban contratados por la Oficina de Investigación Naval de los EE.UU., los antropólogos desarrollaron varias técnicas para evaluar artefactos culturales tales como los testimonios de inmigrantes y refugiados, el arte y los relatos de los viajeros, para poder construir una imagen de una cultura en particular.³⁹

La mayoría de los estudios culturales a distancia, tuvieron sus raíces en las premisas de la psicología evolutiva. El así llamado carácter nacional de cualquier grupo de



Departamento de Defensa

Graduados de las Fuerzas Especiales de los EE.UU. conducen entrenamiento médico con una unidad antidroga colombiana en el 2000.

personas podría ser seguido hasta los elementos comunes de los procesos de psicología evolutiva. Mientras algunas de sus conclusiones podrían parecer ridículas en la actualidad; como por ejemplo la “hipótesis del envoltorio” que Gorer utilizaba para explicar las variaciones bipolares en la cultura rusa, desde la represión emocional hacia el agresivo consumo de alcohol, otros resultados de investigación eran no sólo correctos sino útiles en el contexto militar.⁴⁰

Guerras pequeñas

En enero de 1961 el Presidente John F. Kennedy se reunió con su asesor de seguridad nacional Walt Whitman Rostow, para discutir varias amenazas en esa área. Kennedy y Rostow enfocaron su atención en el tema de Vietnam. El Presidente dijo, “Esta es la peor que hemos tenido. Sabe, Eisenhower nunca lo mencionó. Habló hasta el cansancio de Laos, pero la palabra Vietnam jamás salió de su boca”.⁴¹

La discusión entre Kennedy y Rostow (así como la aprobación de Kennedy para el “Plan de Contrainsurgencia” para Vietnam diez días después de haber asumido su cargo), se inspiró en el informe del General de División Edgard G. Lanzadle, acerca de la situación en Vietnam. Lansdale, quien, según la creencia popular, fuera el modelo

para el personaje Alden Pyle en *The Quiet American* de Graham Greene, era un ex ejecutivo publicitario que, casi por sí solo, impidió que los comunistas se tomaran el poder en las Filipinas. Lansdale cooperó para que Ngo Dinh Diem asumiera como Presidente del gobierno de Vietnam del Sur (respaldado por los EE.UU.) y luego llevó a cabo la Operación *Mongoose*, complot clandestino para derrocar el gobierno de Fidel Castro en Cuba, empleado cualquier método necesario.⁴²

Muchas de las operaciones de contrainsurgencia de Lansdale en las Filipinas, pueden ser mejor descritas como antropología militar aplicada. Por ejemplo, como parte de su campaña contra los rebeldes Huk de las Filipinas en los años 50, realizó una investigación acerca de las supersticiones locales, que fuera explotada en la forma de “*psywar*” (Guerra psicológica): “una operación de guerra psicológica fue puesta en ejecución aprovechando del temor popular de un *asuang*, o vampiro... Cuando una patrulla Huk se desplazaba por un sendero, las tropas que esperaban para emboscarla furtivamente atraparon al último hombre de la patrulla... Perforaron su cuello con dos incisiones, al estilo vampiro, lo suspendieron de los pies, desangraron, y nuevamente pusieron su cuerpo en el sendero. Cuando los Huk regresaron para buscar a su camarada perdido y

lo encontraron desangrado, cada miembro de la patrulla creyó que el *asuang* lo había matado y que uno de ellos sería su próxima víctima...” Lansdale señaló que estas tácticas eran sumamente eficaces.⁴³

Durante la rebelión Huk, el verdadero experto en la guerra de guerrillas fue el Capitán Charles Bohannon, que luego fuera coautor de uno de los mejores estudios de la contrainsurgencia aplicada, *Counter-Guerrilla Operations, The Philippine Experience*. Bohannon, quien luchara como parte de una guerrilla anti-japonesa en Nueva Guinea y las Filipinas en la II GM, permaneció en este último país como oficial de contrainteligencia del Ejército. Bajo el concepto de selección natural, cuando Lansdale regresó a las Filipinas en 1950, lo escogió para integrarse al equipo. Bohannon continuó a trabajar con Lansdale en Vietnam (y aparentemente en Laos) durante los años 50 y 60, sirviendo como subcomandante de la clandestina “Misión Militar en Saigón”, que Lansdale encabezaba. Es altamente probable que Bohannon también fuera el planificador militar de la Bahía de Cochinos.⁴⁴

Bohannon había completado un programa avanzado de postgrado en antropología y era un ardiente defensor del conocimiento de la cultura local y de la “inmersión total” durante el entrenamiento y las operaciones. Estaba particularmente interesado en las “operaciones que tenían la intención de influir en el pensamiento de la población”. Por ejemplo, en 1959, fue miembro de un “equipo de encuesta” secreto de los EE.UU. en Colombia, cuyo propósito era el de evaluar a la insurgencia y proponer un plan de acción conjunto. En forma muy similar a los antropólogos durante sus investigaciones de campo, el equipo viajó más de 23.000 km. y se entrevistó con más de 2.000 funcionarios, civiles o líderes guerrilleros. Su informe de tres volúmenes, abarcó la historia de la violencia, las condiciones socioeconómicas existentes y entregó varias recomendaciones a los Gobiernos de Colombia y de los EE.UU. para llevar a cabo una reforma social, civil y militar.⁴⁵

Bohannon creía en el mínimo uso de la fuerza en el combate contra la insurgencia. En un escrito no publicado de 1964, mientras se encontraba asignado en Vietnam, objetaba los métodos totalitarios de combate contra la insurgencia, ya que los estimaba potencialmente contraproducentes: “arrestos en masa, allanamientos generalizados y otros, aparentemente fáciles métodos de ‘control de la población’, sólo pueden fortalecer la oposición al gobierno”. Según Lansdale, el uso de una fuerza avasalladora era sencillamente ineficaz en la lucha contra la insurgencia: “Sólo los gobiernos totalitarios, sean estos comunistas o colonialistas, con recursos virtualmente ilimitados, pueden pensar seriamente en intentar matar o capturar a la mayoría de los insurgentes y a quienes los apoyan”.⁴⁴

El mentor de Bohannon, Rufus Phillips (un ex agente de la CIA que luego encabezara la Sección de Asuntos Rurales de la de la Agencia de los EE.UU. para el Desarrollo

Internacional en Vietnam), indicó en un memorandum de 1964, que las FF.AA. de los EE.UU. se encontraban limitadas por el “pensamiento militar convencional”. El mando norteamericano no se guiaba ni por una dedicación a un objetivo político (al estilo británico)—sin importar lo abusivo del método para lograrlo—, ni por algún interés particular de la parte no militar del combate contra la insurgencia de los EE.UU.: “Todos hablan de las acciones cívicas y de la guerra psicológica, pero poco énfasis le dedica el mando y no es comprendida. El énfasis mayor sigue siendo el ‘matar a los Viet Cong’”.⁴⁷

La guerra en Vietnam

A pesar de la autoridad que tenían hombres tales como Lansdale y Bohannon en los círculos militares de alto nivel y aquellos en los que se formulaban las políticas durante la guerra en Vietnam, la preferencia militar en el empleo de una fuerza avasalladora, a menudo jugó en contra del aspecto de ganar el corazón y la mente en el combate contra la insurgencia. Antropólogos tales como Gerald Hickey, que se trasladara a Vietnam como estudiante de postgrado de la Universidad de Chicago y permaneciera como investigador para la Corporación RAND durante el período de guerra, halló que los líderes de las FF.AA. norteamericanas generalmente ignoraban el amplio conocimiento que tenían Lansdale y Bohannon acerca de Vietnam (de gran valor en el combate contra la insurgencia) e implementaban, cada vez con mayor frecuencia, una aproximación de guerra convencional en la medida que se desenvolvía el conflicto. Los trabajos de Hickey sacan a flote una variada gama de asuntos que aún afectan la investigación antropológica en el contexto militar, tales como las políticas que regulan la investigación en Washington, D.C., la inhabilidad de cambiar políticas contraproducentes y el descrédito que realizan otros antropólogos hostiles a la empresa militar.

Hickey, que escribiera *Village in Vietnam*, una clásica etnografía acerca de una aldea de las tierras bajas en el sur de Vietnam, fue reclutado por la Corporación RAND en 1961 para realizar un estudio financiado por *DARPA*. El estudio fue posterior al entonces nuevo Programa de Aldeas Estratégicas, diseñado para consolidar la autoridad gubernamental en las áreas pacificadas mediante un sistema de defensa y reorganización administrativa a nivel de las Villas. El cuestionamiento central del estudio fue el de cómo se incentivaría a las tribus de las regiones montañosas a apoyar el Gobierno Sudvietnamita. En su investigación, Hickey indicó que el concepto de aldeas estratégicas podía ser exitoso si los campesinos evidenciaban que su trabajo comunitario y contribución de tiempo, terrenos y materiales de construcción, realmente resultaban en una seguridad física y económica. Aunque las observaciones de Hickey probablemente eran correctas, sus puntos de vista a menudo eran descartados por ser demasiado pacifistas.⁴⁸



Departamento de Defensa

Una niña afgana entrega su hermanita menor a un oficial de los EE.UU. para que este realice un examen médico en Najov, Afganistán, abril del 2004.

Cuando Hickey realizó su presentación al General del Cuerpo de Infantería de Marina Victor Krulak, éste golpeó la mesa con el puño y dijo, “¡Forzaremos a los campesinos a hacer todo lo necesario para que (el programa de) las aldeas estratégicas sea un éxito!”⁴⁹ Como destacara Hickey, los campesinos cuentan con muchos métodos de resistencia pasiva y activa y el uso de la fuerza resulta a menudo contraproducente al ser utilizado como una herramienta de motivación. Al no estar de acuerdo con los resultados del estudio, el Pentágono presionó a la Corporación RAND para que cambiara los resultados pero, razonasen el interés de una investigación imparcial, esta se rehusó. Al final, ninguna de las conclusiones de Hickey fueron implementadas y el Programa de las Aldeas Estratégicas fue un fracaso.

En 1964, una importante revuelta de grupos tribales de las tierras altas de Montagnard, se desarrolló bajo la bandera de FULRO (El Frente Unido para la Lucha de las Razas Oprimidas). Aunque los habitantes de Montagnard se encontraban alineados con los EE.UU. en la lucha en contra de los comunistas norvietnamitas y fueran abastecidos (y lucharon junto) por las tropas norteamericanas, se opusieron violentamente a los esfuerzos del Gobierno de Vietnam del Sur de controlar su región y asimilar a la población.

Enfrentar la revuelta era imperativo para las FF.AA. y el Gobierno de Vietnam del Sur, ya que las tierras altas

del centro tenían una importancia estratégica e incluía el sendero de Ho Chi Minh, principal ruta de infiltración y abastecimiento de los norvietnamitas. Hickey, que durante muchos años trabajó estrechamente con los Montagnards, asesoró al General William Westmoreland, comandante supremo de las FF.AA. en Vietnam, acerca de las razones del incremento del etno-nacionalismo en las tribus y cómo lidiar con la revuelta. Hickey también tuvo éxito enlázela actuar como intermediario entre los líderes tribales de las tierras altas y los Gobiernos de los EE.UU. y Vietnam del Sur.⁵⁰

A medida que la guerra se prolongaba, la frustración de Hickey se hizo cada vez mayor, dadas las visiones de estrategia militar que eran sostenidos por oficiales tales como el del General del Ejército de los EE.UU William E. Depuy, que creía que una guerra de atrición permitiría lograr la victoria sobre los comunistas. La visión de Hickey era que la guerra en Vietnam era una lucha política, que sólo podía ser resuelta en términos políticos y no sólo a través de la fuerza militar. Como antropólogo, reconoció que existían elementos de la cultura vietnamita que podían ser empleados para promover la paz entre los partidos políticos nacionalistas, los grupos religiosos y las minorías existentes, ninguno de los cuales querían estar bajo el dominio comunista.

En un excepcional informe titulado “*Accommodation in South Vietnam: the Key to Sociopolitical Solidarity*

(*Adaptándose en Vietnam del Sur: La Clave hacia la Solidaridad Sociopolítica*), Hickey exploró el concepto cultural autóctono de adaptación en Vietnam del Sur. Mientras las raíces taoístas del sistema de valores vietnamitas enfatizaban el individualismo, en la perspectiva global vietnamita, la adaptación también era necesaria para restaurar la armonía con el universo. En Washington, D.C., las visiones de Hickey respecto de la adaptación fueron consideradas una herejía. En 1967, consecencial término de la presentación de Hickey ante una audiencia en el Pentágono, Richard Holbrooke dijo, “Lo que usted está diciendo Gerry, es que no vamos a lograr la victoria militar en Vietnam.” Sin importar la improbabilidad de una victoria militar, para los líderes norteamericanos la “adaptación” significaba “entregarse”, y esa no era una alternativa aceptable. Al final, la solución norteamericana para el conflicto, fue el empleo de una fuerza abrumadora en la forma de un bombardeo estratégico y la Acelerada Campaña de Pacificación, ninguna de las cuales resultara en la victoria.⁵¹

Por sus “estudios etnográficos”, “contribuciones al perfeccionamiento de la relación entre asesores de los EE.UU. y sus contrapartes vietnamitas” y su “presencia y asesoría durante los períodos de ataques efectuados por las fuerza del Viet Cong y las revueltas de Montagnard”, Hickey recibió la condecoración de Servicio Público Distinguido de manos del entonces Secretario de Defensa Robert McNamara. A pesar de su medalla (o tal vez debido a la misma), Hickey no pudo obtener un puesto en el ámbito académico al regresar a los EE.UU. Sus colegas antropólogos de la Universidad de Chicago, rehusaron ofrecerle una posición en el cuerpo docente debido a su asociación con RAND. Irónicamente, RAND despidió a Hickey porque ya no tenía ningún interés en el combate contra la insurgencia. Al igual que lo hicieron los Jefes de Estados Mayores, esta organización no se concentraría más en llevar adelante investigaciones relativas a la guerra no convencional y en cambio, volvería su atención hacia los “problemas a largo plazo de la guerra en el nivel táctico, limitada y en la disuasión, todo ello ajustándose a la Doctrina Nixon”.⁵²

El Proyecto Camelot

Al brindar testimonio ante el Congreso de los EE.UU. en 1965, R.L. Sproul, director de *DARPA* de aquel entonces, dijo: “La [nuestra] principal tesis es que la guerra en áreas remotas es controlada en gran parte por el ambiente en que el combate es sostenido, por las características sociológicas y antropológicas de la población involucrada en la guerra y por la naturaleza misma del conflicto.”⁵³

Al ser reconocido en el Departamento de Defensa que los esfuerzos de investigación y desarrollo en apoyo a las operaciones de contrainsurgencia deben ser orientados hacia el ámbito de la naturaleza humana local, resultó en

el establecimiento de la Oficina de Investigación de Operaciones Especiales (*SORO*), en la American University de Washington, D.C. Con antropólogos y estudiosos de las ciencias sociales entre sus asesores, la *SORO* desempeñó el papel de un centro de investigación de la dimensión humana del combate contra la insurgencia. Varios informes de *SORO*, tomaron una aproximación única. En 1964, el Ejército ordenó un inusual estudio titulado: “*Witchcraft, Sorcery, Magic, and Other Psychological Phenomena, and Their Implications on Military and Paramilitary Operations in Congo*” (Brujería, Hechicería, Magia y Otros Fenómenos Sicológicos y sus Implicancias en las Operaciones Militares y Paramilitares en El Congo). El informe escrito por James R. Price y Paul Jureidini, constituye un tratado acerca del combate paranormal, en el que se discuten tácticas de “contra hechicería” para neutralizar a los rebeldes que son respaldados por hechiceros, amuletos y pociones mágicas.⁵⁴

En 1964, la *SORO* también diseñó el infame Proyecto *Camelot*. Según una carta de la Oficina del Director de la *SORO*, este proyecto era “un estudio cuyo objetivo [fue] determinar la viabilidad del desarrollo de un modelo general de sistema social, que haría posible predecir e influir sobre los aspectos políticamente significativos de los cambios sociales en las naciones en vías de desarrollo del mundo.” Los objetivos del proyecto fueron los de “concebir procedimientos para evaluar el potencial para una guerra interna al interior de sociedades nacionales; identificar, con mayor exactitud, aquellas acciones que un gobierno podría llevar a cabo para mitigar las condiciones que han sido evaluadas como potenciales agentes causales de una guerra interna; [y] evaluar la factibilidad de normar las características que requiere un sistema para obtener y emplear la información esencial necesaria para que puedan cumplirse los dos objetivos antes mencionados.”⁵⁵

El Proyecto *Camelot*, cuyos inicios se remontan a un período en el que las FF.AA. consideraban leal combate contra la insurgencia una de sus áreas de competencia, reconocía la necesidad de contar con el apoyo de las ciencias sociales. Según la carta del Director, “En el Ejército existe la predisposición a aceptar la necesidad de perfeccionar el conocimiento general de los procesos de cambios sociales, si es que esta institución va a desempeñar las responsabilidades que le corresponden en el programa general de combate contra la insurgencia del Gobierno de los EE.UU.”⁵⁶

Chile vino a ser el primer caso de estudio para el proyecto *Camelot*. Se invitó al sociólogo noruego Johan Galtung a preparar un seminario para *Camelot*. Aunque se rehusó, compartió la información acerca del proyecto con sus colegas. Mientras tanto, Hugo Nuttini, un profesor de antropología en la Universidad de Pittsburgh, aceptó trabajar en el proyecto Camelot en Chile. Mientras se encontraba allí, ocultó la naturaleza militar del proyecto,

pero existieron filtraciones y se divulgó la información. Surgieron protestas de los periódicos y el poder legislativo, junto al Gobierno de Chile, presentaron una protesta diplomática ante el Embajador de los EE.UU. En Washington, D.C., luego de una investigación por parte del Congreso respecto del tema, McNamara canceló el Proyecto *Camelot* en 1965.

El escándalo de Tailandia

Poco después del escándalo del Proyecto *Camelot*, el tema de una investigación clandestina surgió nuevamente en Tailandia. En marzo de 1970, varios documentos que parecían implicar a estudiosos de las ciencias sociales en programas de combate contra la insurgencia de los EE.UU. en Tailandia, fueron robados del gabinete de archivos de un profesor universitario. Estos documentos fueron entregados al Comité de Movilización Estudiantil para Terminar con la Guerra de Vietnam y fueron, por lo tanto, publicados en el *"The Student Mobilizer"*. Algunos antropólogos y otros científicos sociales, supuestamente recolectaban datos para el Departamento de Defensa y el Gobierno Real de Tailandia, en apoyo a un programa de combate contra la insurgencia que utilizaría la asistencia para el desarrollo económico en función de incentivar a las villas tribales a mantenerse leales al Gobierno tailandés, en lugar de unirse a la insurgencia. Aunque los antropólogos sostenían haber utilizado sus conocimientos con la finalidad de evitar que las villas tailandeses fueran dañadas, acalorados debates se sucedieron al interior del Comité de Ética de la AAA.⁵⁷

Como resultado del Proyecto *Camelot* y el escándalo tailandés, la asignación de fondos y la investigación en el área de las ciencias sociales en el gobierno, se tornaron sospechosas. Los antropólogos temían que si continuaba este tipo de investigación, todas las poblaciones indígenas que habían estudiado asumirían que todos ellos eran espías, negando así futuras oportunidades para realizar investigaciones de campo en ultramar exterior. Muchos antropólogos también temían que la información iba a ser empleada para controlar, esclavizar y, más aun, aniquilar a muchas de las comunidades que habían sido estudiadas. Los debates concluyeron en la determinación que para los antropólogos era éticamente inaceptable realizar exposiciones de carácter secreto. Actualmente, la "Declaración de Responsabilidad Profesional" de la AAA señala: "Los antropólogos no podrán aceptar realizar ninguna investigación secreta ni cualquier tipo de investigación cuyos resultados no se puedan ser libremente difundidos o entregados públicamente... Ninguna investigación secreta, ningún informe secreto o presentación de ninguna índole, deben ser acordadas o entregadas." Estas orientaciones reflejan la visión generalizada entre los antropólogos, que cualquier investigación que sea realizada para las FF.AA. es, de facto perversa y éticamente inaceptable.⁵⁸

Los Riesgos del Conocimiento Incompleto

El Departamento de Defensa tiene ansias por obtener conocimiento cultural, pero se duda que los antropólogos en masa—obligados por su propio código de ética y hundidos en un lodazal de post modernismo—vayan realizar una valiosa contribución para reformular las políticas o normas de la seguridad nacional. Si esto sucede y los antropólogos se mantienen desentendidos del tema ¿quién proporcionará la experiencia y conocimiento relevante acerca del tema? Como señala Anna Simona, una antropóloga que enseña en la Escuela de Postgrado Naval, "Si los antropólogos quieren esconder sus cabezas bajo tierra y no brindar apoyo, entonces ¿A quien recurrirán los militares, la CIA y otras agencias para obtener información?"

El éxito del combate contra la insurgencia, depende de la obtención de una comprensión holística de la cultura local. Esta comprensión debe ser concienzuda y profunda, si es que se desea que tenga algún beneficio práctico. Este hecho no se encuentra ausente en el Ejército. En el lenguaje del Manual de Campaña interino 3-07.22: "El centro de gravedad en las operaciones de contrainsurgencia es la población."

Consultarán con la gente que les darán ese tipo de información que hará que a los antropólogos se les pongan los pelos de punta por tratarse de una que no estará ni siquiera cercanamente vinculada a lo que en realidad sucede en el ambiente local.⁵⁹

Sin importar si los antropólogos deciden o no entrar a la arena de la seguridad nacional, la información cultural inevitablemente será empleada como base para la planificación de operaciones militares y la formación de políticas públicas. ¿Y si los antropólogos rehúsan contribuir? ¿Qué tan confiable será esta información? El resultado de emplear "mal" o en forma incompleta a la antropología, es, sin duda, el fracaso de las operaciones y políticas. En mayo de 2004, un artículo de Seymour Hersh en el periódico *New Yorker*, titulado *The Gray Zone: How a Secret Pentagon Program Came to Abu Ghraib (La Zona Gris: La Forma en que un Programa Secreto del Pentágono Llegó a Abu Ghraib)*, señala que el estudio acerca de la cultura y psicología árabe de Raphael Patai de 1973, *The Arab Mind (El Pensamiento Árabe)*, fue la base de la comprensión militar respecto de las vulnerabilidades psicológicas de los árabes, particularmente a la vergüenza y humillación sexual.⁶⁰

Patai indica: "La segregación de los géneros, velos para

las mujeres... y todas las otras estrictas reglas que norman y restringen el contacto entre hombres y mujeres, tienen el efecto de hacer que el sexo sea un motivo de preocupación importante en la mentalidad del mundo árabe.” Aparentemente, la meta de la humillación sexual era la de extorsionar a las víctimas iraquíes a convertirse en informantes en contra de la insurgencia. Se creía que los iraquíes harían cualquier cosa para prevenir la diseminación de las fotos a sus familiares y amigos.⁶¹

Lo que Bernard Brodie expresara acerca del Ejército Francés en 1914, “Esta no fue ni la primera ni la última vez que un mal estudio antropológico contribuyera a una mala estrategia.” Emplear la humillación sexual para forzar a los iraquíes a ser informantes nunca podría servir como estrategia dado que sólo destruye el honor, y para los iraquíes, la restauración del honor perdido requiere de un apaciguamiento de sangre. Este concepto está bien desarrollado en la cultura iraquí, e incluye una palabra específica en el idioma árabe—*al-sharaf*—defender el honor varonil. El supuesto empleo del libro de Patai, en donde no existe ni la más cercana comprensión de la cultura Iraquí en su contexto amplio, como el fundamento para el tormento psicológico en Abu Ghraib, demuestra la torpeza de emplear un conocimiento cultural que se encuentra fuera de contexto, como base haber establecido políticas.⁶²

El éxito del combate contra la insurgencia, depende de la obtención de una comprensión holística de la cultura local. Esta comprensión debe ser concienzuda y profunda, si es que se desea que tenga algún beneficio práctico. Este hecho no se encuentra ausente en el Ejército. En el lenguaje del Manual

de Campaña interino 3-07.22: “El centro de gravedad en las operaciones de contrainsurgencia es la población. Por lo tanto, comprender a la sociedad local y ganar su apoyo es crucial para la obtención del éxito. Para la fuerzas de los EE.UU., operar eficazmente junto a la población local y ganar y mantener su apoyo, es importante para desarrollar una profunda y total comprensión de la sociedad y su cultura, incluyendo su historia, estructura tribal/familiar/social, valores, religiones, costumbres y necesidades.”⁶³

Para derrotar a la insurgencia en Irak, las fuerzas de los EE.UU. y de la coalición deben reconocer y explotar la estructura tribal subyacente del país, el poder ejercido por la figuras de las autoridades tradicionales, el uso de Islam como una ideología política, los intereses que se disputan entre los shiitas, sunitas y kurdos, los efectos psicológicos del totalitarismo y las divisiones entre lo urbano y lo rural, entre otros elementos.

El manual interino FM 3-07.22 continúa: “Entender y trabajar en el marco social de un área local es, inicialmente, el factor que tiene mayor influencia en la conducción de las operaciones de contrainsurgencia. Desafortunadamente, este es el factor más ignorado por las fuerzas de los EE.UU.”⁶⁴

Y desafortunadamente, los antropólogos—cuya asistencia es requerida con urgencia en tiempo de guerra—ignoran completamente a las fuerzas de los EE.UU. A pesar del hecho que la aplicación militar del conocimiento cultural puede no ser del gusto de aquellos antropólogos con convicciones éticas determinadas, su asistencia es sumamente necesaria. **MR**

NOTAS

1. General de División Robert H. Scales, hijo, “Culture-Centric Warfare,” *Proceedings* (octubre de 2004).

2. Megan Scully, “Social Intel’ New Tool for U.S. Military,” *Defense News*, 26 de abril de 2004, pág. 21.

3. Manual de Campaña (*Field Manual – FM*) (Interino) 3-07.22 del Departamento del Ejército de los EE.UU., *Counterinsurgency Operations* (Washington, DC: Oficina de Imprenta del Gobierno de los EE.UU. (*U.S. Government Printing Office [GPO]*), 1 de octubre de 2004), sección 1-1; David Charters, “From Palestine to Northern Ireland: British Adaptation to Low-Intensity Operations,” en D. Charters y M. Tugwell, editores, *Armies in Low-Intensity Conflict: A Comparative Analysis* (Londres: Brassey’s Defence Publishers, 1989), pág. 195.

4. Leonard Wong, “Developing Adaptive Leaders: the Crucible Experience of Operation Iraqi Freedom”, el Instituto de Estudios Estratégicos de la Escuela Superior de Guerra del Ejército de los EE.UU., Carlisle Barracks, Pensilvania, julio de 2004, pág. 14.

5. Scales, “Army Transformation: Implications for the Future”, testimonio ante el Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes, Washington, D.C., 15 de julio de 2004.

6. Roberta Wohlstetter, *Pearl Harbor: Warning and Decision* (California: Stanford University Press, 1962).

7. Jeffrey Goldberg, “The Unknown: The C.I.A. and the Pentagon take another look at Al Qaeda and Iraq”, *The New Yorker*, 10 de febrero de 2003.

8. Véase Max Boot, *The Savage Wars of Peace: Small Wars and the Rise of American Power* (Nueva York: Basic Books, 2003).

9. Caspar W. Weinberger, “The Uses of Military Power”, discurso ante el National Press Club, Washington, D.C., 28 de noviembre de 1984.

10. Jeffrey Record, “Weinberger-Powell Doctrine Doesn’t Cut It”, *Proceedings* (octubre de 2000). La Doctrina Powell también “puede ser traducida en una poderosa renuencia a entrar en el combate decisivo, o aun arriesgar la entrada en combate y en un excesivo énfasis a la protección de la fuerza en cada nivel de mando”. Stan

Goff, “Full-Spectrum Entropy: Special Operations in a Special Period”, *Freedom Road Magazine*, en la Internet en: www.freedomroad.org/fr/03/english/07_entropy.html, accedido el 18 de febrero de 2005.

11. El Código de los EE.UU., Título 10, “Armed Forces”, en la Internet en www.access.gpo.gov/uscode/title10/title10.html, accedido el 18 de febrero de 2005; *FM 3-07. Stability Operations and Support Operations* (Washington, DC: GPO, febrero de 2003); *FM 3-07.22*, Interino.

12. Las *Field Service Regulations* de 1923 postulan que el objetivo final de todas las operaciones militares es la destrucción de las FFAA, del enemigo y que los resultados decisivos se logran sólo por la ofensiva. Las *Regulations* declaran que el Ejército debe prepararse para luchar en contra de un “oponente organizado para la guerra sobre la base de principios modernos y equipados con todos los medios para la guerra moderna...” La preferencia para el empleo de una fuerza ofensiva, puede ser hallada continuamente en el pensamiento militar de los EE.UU., más recientemente en el *FM 3-0, Operations* (Washington, DC: GPO, 2001), que declara, “La doctrina sostiene que la conducción de Guerra es el enfoque principal del Ejército y reconoce que la habilidad de las fuerzas del Ejército de establecer un dominio en la guerra terrestre también proporciona la habilidad de dominar cualquier situación en otras operaciones militares además de la guerra”; Richard Darilek y David Johnson, “Occupation of Hostile Territory: History, Theory, Doctrine; Past and Future Practice”, en una presentación ante la conferencia, *Future Warfare Seminar V*, Carlisle, Pensilvania, 18 de enero de 2005; Peter Grier, “Should U.S. Fight War in Bosnia? Question Opens an Old Debate”, *Christian Science Monitor*, 14 de septiembre de 1992, pág. 9.

13. Para una profundizar en los principios británicos acerca de la contrainsurgencia, véase Thomas Mockaitis, *British Counterinsurgency, 1919-1960* (Nueva York: St. Martin’s Press, 1990); Ian Beckett y John Pimlott, editores, *Armed Forces and Modern Counter-Insurgency* (Londres: Croom Helm, 1985).

14. Oficina del Congresista Ike Skelton, “Skelton Urges Rumsfeld To Improve Cultural Awareness Training”, comunicado de prensa, 23 de octubre de 2003, en la Internet en www.house.gov/skelton/pr031023.htm, accedido el 18 de febrero de 2005.

15. Jeremy Feiler, "Marshall: U.S. Needs To Sustain Long-Distance Power Projection", Inside The Pentagon, 4 de marzo de 2004, pág. 15.
16. A.L. Kroeber, "The History of the Personality of Anthropology", *American Anthropologist* 61 (1959).
17. Kathleen Gough, "Anthropology: Child of Imperialism", *Monthly Review* 19, 11 (abril de 1968); Dell Hymes, editor, *Reinventing Anthropology* (Nueva York: Random House, 1972); Talal Asad, editor, *Anthropology and the Colonial Encounter* (Londres: Ithaca Press, 1973).
18. Gayatri Chakravorty Spivak, "Can the Subaltern Speak?" en Cary Nelson y Larry Grossberg, editores, *Marxism and the Interpretation of Culture* (Chicago: University of Illinois Press, 1988).
19. Bill Ashcroft, Gareth Griffiths, and Helen Tiffin, eds., *The Post-Colonial Studies Reader* (Londres: Routledge, 1995), pág. 117; Pazderic Nickola, "Recovering True Selves in the Electro-Spiritual of Universal Love", *Cultural Anthropology* 19, pág. 2 (2003); Priti Ramamurthy, "Material Consumers, Fabricating Subjects: Perplexity, Global Connectivity Discourses, and Transnational Feminist Research", *Cultural Anthropology* 18, pág. 4 (2003).
20. Stephen A. Tyler, "Post-modern Ethnography: From Document of the Occult to Occult Document", en James Clifford y George E. Marcus, editores, *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography* (Berkeley: University of California Press, 1986), págs. 122-40. Desafortunadamente, la Competencia de Mala Escritura, patrocinado por *The Journal of Philosophy and Literature*, ya no existe.
21. Stephan Feuchtwang, "The Discipline and its Sponsors", en Asad, *Anthropology and the Colonial Encounter*, pág. 82; Bronislaw Malinowski, "Practical Anthropology", *Africa*, 2 (1929), págs. 22-23.
22. Feuchtwang, "The Discipline and its Sponsors", págs. 84 y 85.
23. Philip E. Mitchell, "Review of Native Administration in the British Territories in Africa", *Journal of African Administration* 3 (1951): págs. 56-57.
24. Sylvanus G. Morley escribió una variedad de textos arqueológicos clásicos, incluyendo *The Ancient Maya* (California: Stanford University Press, 1946) y *An Introduction to the Study of Maya Hieroglyphs* (Washington, DC: The Smithsonian, 1915); Charles H. Harris y Louis R. Sadler, *The Archaeologist was a Spy: Sylvanus G. Morley and the Office of Naval Intelligence* (Albuquerque: University of New Mexico Press, 2003).
25. Harris y Sadler.
26. Franz Boas, "Scientists as Spies", *The Nation* 109 (20 de diciembre de 1919): pág. 797.
27. Carleton Coon, *A North Africa Story: The Anthropologist as OSS Agent 1941-1943* (Ipswich, Massachusetts: Gambit, 1980).
28. Chris Bunting, "I Spy with My Science Eye", *Times Higher Education Supplement*, 12 de abril de 2002; anuncio fúnebre de Cora Du Bois, *Chicago Tribune*, 14 de abril de 1991; E. Bruce Reynolds, *Thailand's Secret War: The Free Thai, OSS, and SOE during World War II* (Reino Unido: Cambridge University Press, 2005).
29. Gregory Bateson, *Naven* (California: Stanford University Press, 1936).
30. Carleton Mabee, "Margaret Mead and Behavioral Scientists in World War II: Problems in Responsibility, Truth, and Effectiveness", *Journal of the History of Behavioral Sciences* 23, 1 (23 de enero de 1987): pág. 7; David H. Price, "Gregory Bateson and the OSS: World War II and Bateson's Assessment of Applied Anthropology", *Human Organization* 57, 4 (invierno de 1998): págs. 379-84.
31. Arthur B. Darling, *The Birth of Central Intelligence*, el Centro Sherman Kent para el Estudio de Inteligencia, en la Internet en: www.cia.gov/csi/kent_csi/docs/v10i2a01p_0001.htm, accedido el 18 de febrero de 2005.
32. Existen muchas teorías de conspiración acerca de lo involucrado que estuvo Bateson con *MK-Ultra*. Véase, por ejemplo, Colin A. Ross, *Bluebird: Deliberate Creation of Multiple Personality by Psychiatrists* (Richardson, Texas: Manitou Communications, 2000); véase también en la Internet en: www.phinnweb.com/livingroom/rosemary/, accedido el 18 February 2005; John Marks, *The Search for the Manchurian Candidate* (New York: New York Times Books, 1979). Bateson inventó la teoría de esquizofrenia "Doble Ciego". Véase Bateson, "Cultural problems posed by a study of schizophrenic process", en A. Auerback, editor, *Schizophrenia, an Integrated Approach* (Nueva York: Ronald Press, 1959).
33. Véase Margaret Mead y Gregory Bateson, *Balinese Character: A Photographic Analysis* (Nueva York: New York Academy of Sciences Press, 1942).
34. Mead, "Anthropological Contributions to National Policies during and Immediately after World War II", en Walter Goldschmidt, editor, *The Uses of Anthropology* (Washington, DC: American Anthropological Association, 1979), págs. 145-57; Mabee, 8.
35. Mabee, 8, pág. 5.
36. Mead, *And Keep Your Powder Dry: An Anthropologist Looks at America* (Nueva York: Morrow, 1942); William O. Beeman, "Postscript to September 11—What would Margaret Mead Say?" El Instituto para Estudios Interculturales, en la Internet en: www.mead2001.org/beeman.html, accedido el 18 de febrero de 2005.
37. Linda Rapp, "Benedict, Ruth (1887-1948)", GLBTQ: An Encyclopedia of Gay, Lesbian, Bisexual, Transgender, and Queer Culture (Chicago: glbtq, Inc., 2004); Cora Sol Goldstein, "Ideological Constraints And The American Response To Soviet Propaganda In Europe: The Case Of Race", composición presentada en la Conferencia de Expertos en Asuntos Europeos, Chicago, Illinois, marzo de 2004.
38. David H. Price, "Lessons from Second World War Anthropology: Peripheral, Persuasive and Ignored Contributions", *Anthropology Today* 18, 3 (June 2002): pág. 18; Ruth Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture* (Nueva York: Houghton Mifflin, 1946).
39. Beeman, "Introduction: Margaret Mead, Cultural Studies, and International Understanding", en Margaret Mead y Rhoda Métraux, editores, *The Study of Culture at a Distance* (Nueva York: Berghahn Books, 2000).
40. Geoffrey Gorer and John Rickman, *The People of Great Russia* (Londres: Grosset, 1949); Robert A. LeVine, "Culture and Personality Studies, 1918-1960: Myth and History", *Journal of Personality* 69, pág. 6 (diciembre de 2001).
41. Peter Kross, "JFK's Early Indecisions", *Vietnam Magazine* (febrero de 2005).
42. Graham Greene, *The Quiet American* (Nueva York: Viking Press, 1956); H. Bruce Franklin, "By the Bombs' Early Light: Or the Quiet American's War on Terror", en la Internet en: <http://andromeda.rutgers.edu/~hbf/QUIETAM.htm>, accedido el 18 de febrero de 2005; Michael McClintock, *Instruments of Statecraft: U.S. Guerrilla Warfare, Counterinsurgency, and Counterterrorism, 1940-1990* (Nueva York: Pantheon Books, 1992).
43. *Ibid.*
44. Napoleon D. Valeriano y Charles T.R. Bohannon, *Counter-Guerrilla Operations: The Philippine Experience* (Nueva York: Praeger, 1962); McClintock, capítulos 4 y 5; William Pomeroy, *Guerrilla and Counter-guerrilla Warfare* (Nueva York: International Publishers, 1964), pág. 70.
45. John L. Cotter, "The Next Frontier of Anthropology", *American Anthropological Association Newsletter* (February 1995); Bohannon, "Unconventional Operations", Seminario Contra-Guerrilla, Fuerte Bragg, Carolina del Norte, 15 de junio de 1961, en la Internet en: www.icdc.com/~paulwolf/colombia/hukcampaign15june1961v.htm, accedido el 18 de febrero de 2005; Michael Lopez, "The U.S. and its Responsibility for Counter-Insurgency Operations in Colombia", *Colombia Bulletin* (verano de 1998). El equipo recomendó el establecimiento de la Fuerza X, también empleada en las Filipinas, que utilizaría insurgentes "arrepentidos" para crear pseudo-guerrillas (o contra guerrillas) que fingían ser insurgentes. Más tarde, Frank Kitson adoptó esta metodología en Kenya e Irlanda del Norte.
46. McClintock, capítulo 4.
47. *Ibid.*
48. Gerald Hickey, *Village in Vietnam* (New Haven, Connecticut: Yale University Press, 1964).
49. Hickey, *Window on a War: An Anthropologist in the Vietnam Conflict* (Lubbock, Texas: Texas Tech University Press, 2002), págs. 99-101.
50. *Ibid.*, pág. 149-82.
51. Hickey, "Accommodation in South Vietnam: The Key to Sociopolitical Solidarity", *Corporación RAND*, 1967; Hickey, *Window*, págs. 199-201.
52. *Ibid.*, *Window*, pág. 313.
53. Eric Wakin, *Anthropology Goes to War: Professional Ethics and Counterinsurgency in Thailand* (Madison, Wisconsin: University of Wisconsin Press, 1992), pág. 85.
54. Generalmente, véase Ron Robin, *The Making of the Cold War Enemy: Culture and Politics in the Military-Intellectual Complex* (Nueva Jersey: Princeton University Press, 2001); James R. Price y Paul Jureidini, "Witchcraft, Sorcery, Magic, and Other Psychological Phenomena, and Their Implications on Military and Paramilitary Operations in the Congo", la Oficina de Investigación de Operaciones Especiales, SORO/CINFAC/6-64, 8 de agosto de 1964, en la Internet en: www.ksinc.net/~devilsad/psyp5.htm, accedido el 18 de febrero de 2005.
55. Irving Louis Horowitz, editor, *The Rise and Fall of Project Camelot: Studies in the Relationship Between Social Science and Practical Politics* (Cambridge, Massachusetts: MIT Press, 1967), págs. 47-49.
56. *Ibid.*
57. Eric R. Wolf y Joseph G. Jorgensen, "Anthropology on the Warpath in Thailand", *New York Review of Books*, 19 de noviembre de 1970, págs. 26-35.
58. La Junta Suprema de la Asociación Antropológica de los EE.UU. (AAA), "Statement on Ethics: Principles of Professional Responsibility", adoptada por la AAA, mayo de 1971 (enmendada en noviembre de 1986), en la Internet en: www.aaanet.org/stmts/ethstmnt.htm, accedido el 18 de febrero de 2005.
59. Renee Montagne, "Interview: Anna Simons and Catherine Lutz on the involvement of anthropologists in war", *Morning Edition* del National Public Radio, 14 de agosto de 2002.
60. Raphael Patai y Seymour M. Hersh, "The Gray Zone: How a secret Pentagon program came to Abu Ghraib", *The New Yorker*, 24 de mayo de 2004; Patai, *The Arab Mind* (Nueva York: Scribner's 1973).
61. Patai.
62. Bernard Brodie, *Strategy in the Missile Age* (Nueva Jersey: Princeton University Press, 1959), pág. 52.
63. Amatzia Baram, "Victory in Iraq, One Tribe at a Time", *New York Times*, 28 de octubre de 2003; *FM* (Interino) 3-07.22, sección 4-11.
64. *FM* (Interino) 3-07.22, sección 4-13.

La Doctora Montgomery McFate, J.D., Ph.D., es una Becaria de la Asociación para el Progreso de la Política de Ciencia de Defensa de los EE.UU. en la Oficina de Investigación Naval en Arlington, Virginia. Recibió su licenciatura de la Universidad de California en Berkeley, su Maestría y Doctorado de la Universidad de Yale, y su Doctorado en Jurisprudencia de la Facultad de Derecho de Harvard.